



HUERTO HERMANA TIERRA

“Espiritualidad para la ecología integral y la fraternidad universal”

**Madrid (El Pardo)
SERCADE
Jesus Torrecilla**

Introducción

La espiritualidad sugiere los trasfondos, las inspiraciones, lo que nos inspira; y también los objetivos últimos, lo que sobre todo perseguimos, hacia dónde apuntamos... Lo que en el fondo nos mueve y en el fondo anhelamos... Y todo eso tiene que ver, se encarna, se mezcla, camina en muchas cosas y tareas, camina en .

¿Qué queremos que el Huerto nos recuerde: de la vida, de Dios, de los demás, de la tierra...?

¿Y cómo lo hacemos, lo intentamos, en este lugar concreto, con sus particularidades: a las afueras de la gran ciudad...?

Ofreceros una “lectura espiritual” de lo que hacemos, de nuestro Huerto; de algunas cosas que están en juego; y de lo que queremos transmitir?

No quiero idealizar nuestro Huerto, sabemos que es algo modesto. Y a su vez lleno de posibilidades, más allá de lo que hoy acertamos a hacer, a concretar.

Para situarnos, una foto...

El HHT es la huerta del convento de Capuchinos de El Pardo que está aquí desde hace más de 400 años. Y que en el pasado siglo daba de comer a 150 chavales y 30 frailes.

Ahora llevaba abandonada más de 25 años.

En medio de un paraje natural singular: los montes de El Pardo, a 15' del centro de Madrid.

Desde que se cerró el seminario y colegio, este lugar ha ido transformándose: un Hogar de menores tutelados, una Escuela de espiritualidad franciscana, la casa de espiritualidad.

Y desde hace 6 años, 2015, el Huerto Hermana Tierra.

Estamos por detrás: la fraternidad de hermanos que vivimos aquí; y SERCADE.

Somos una fraternidad “normal”: 6 hermanos, mayores; no somos militantes, ni especialistas...

Somos una fraternidad “franciscana”.

Sí que con los proyectos que han ido creciendo aquí y recuperando nuestro Huerto, hemos querido poner todo lo nuestro mirando en una dirección, invertir en una dirección: poner lo antiguo nuestro al servicio de un anhelo nuevo, ofrecer y visibilizar espacios alternativos. En ese sentido, intuimos, imaginamos, soñamos que el Huerto pueda ser un lugar donde sembrar muchas cosas nuevas. Desde el inicio, una sensibilidad que cuida de la tierra y de los empobrecidos: ecología integral y fraternidad universal.

Espiritualidad para la ecología integral

- Cultivar la tierra y producir verduras ecológicas al lado de la gran ciudad.

Queremos cuidar la tierra y aprender desde ella una producción y un consumo con conciencia. Al lado de la gran ciudad, divisando las torres de plaza Castilla, cultivamos la tierra, volvemos a ella, producimos verduras ecológicas. Una agricultura respetuosa con la tierra y vinculada al propio lugar, a lo que se produce en cada temporada.

Y las vendemos, claro. Porque buscamos que el Huerto sea rentable económicamente: vendemos quincenalmente lo que cultivamos. Así queremos fomentar un tipo de consumo cotidiano ético y responsable: haciendo crecer la conciencia de lo que consumimos y de a quién beneficia y qué va implícito en mi consumo. Desde la alimentación y la compra, algo tan cotidiano, ser un **espacio de concienciación y sensibilización** para las personas que consumen nuestros productos. Nos damos cuenta que es posible vincular el consumo a algo más amplio, a un proyecto, una intención, una educación, una espiritualidad (“comprar es un acto moral, no solo económico”).

Por ello, queremos que las personas que compren nuestras verduras participen y enriquezcan el proyecto, se sientan especialmente vinculadas con él. Tratamos de potenciar el sentimiento de **perteneencia al proyecto** de todas las personas que consumen nuestros productos. No queremos clientes que sean meros sujetos pasivos de nuestro trabajo.

- Curtirse con la tierra, arraigar en la tierra.

El contacto con la tierra es una fuente de mística y de espiritualidad, de reflexión y de pensamiento. Crecen las berenjenas, habas, acelgas, lechugas, lombardas, coliflor... También las hierbas, las malas hierbas; y los tomates no agarran bien, y se estropea el tractor y no cuadran los ingresos y gastos... Trabajar la tierra es duro, siempre lo ha sido: la gente del campo es gente curtida. Lo que tiene que ver con la tierra tiene su romanticismo y su crudeza: es éste un proyecto a pelearlo con poesía, constancia, arraigo. Vemos y aprendemos que curtirse con la tierra es trabajarla y escucharla y recoger sus frutos y sus ritmos. Curtirse con la tierra es conectar con “el trabajo de la existencia”, con lo cerca que está “el bien y el mal”, el que haya cosecha o no; con los condicionantes estructurales que favorecen o impiden...

- Un trabajo que dignifica: “Si cuidas la tierra, combates la pobreza”.

Queremos producir un empleo digno y estable. Y desde el vivir al lado de jóvenes migrantes y el escuchar su clamor, queremos abrir este surco hacia su inclusión; un surco de empleo digno y estable para quienes luchan por encontrar su lugar en el mundo y lograr, poco a poco, su autonomía. Sabemos que para ellos, igual que para todos, el acceso a la vivienda y al trabajo dignos, también con las posibilidades relacionales que traen, son cauces para dignificar su vida aquí. Y sabemos que, por lo general, el empleo que la sociedad suele ofrecerles es precario, discontinuo y sin futuro. Nosotros apostamos en nuestro Huerto por un empleo digno, donde algunas personas encuentren la estabilidad laboral que les permita hacer realidad su proyecto de vida. Contrato, sueldo cada mes, en el horizonte de tres-cuatro años... Así, el Huerto quiere ser un espacio de **adquisición de experiencia laboral y de formación** para jóvenes que carecen de ella o que la necesitan para poder acceder a un empleo más estable y digno.

- Pasar de la indiferencia al cuidado (“una cultura del cuidado”).

Toa la vida es una conversión; realmente necesitamos una “conversión ecológica integral” (ambiental-económica-cultural-social-vida cotidiana). Hay todo “un mundo (siglo) del que salirse, toda una conversión/penitencia en la que vivir, todo un Espíritu del Señor y su santa operación que anhelar...”. Esto conlleva una necesaria actitud de constante trabajo y discernimiento, de toma de conciencia y de plasmación en las diferentes realidades de la vida (personales, relacionales...), de constante exhortación. De alguna forma el HHT es esa “exhortación” para nosotros.

En Francisco la conversión/penitencia está asociada a una vida que en lo concreto se va unificando en la dirección del Evangelio. Resume el trabajo de hacerse cristiano, el estar en esa actividad pariturienda de salir de un mundo y llevarse a un mundo nuevo. Resume ese realismo dramático de lo humano (hacer-no hacer penitencia, vivir carnalmente-vivir espiritualmente).

En esto todo está afectado: siempre cabe la posibilidad de vivir cualquier situación de una forma u otra (“carnal o espiritualmente”). Lo concreto de la realidad se convierte en lugar permanente de discernimiento y de constante exhortación. Hay aquí algo muy carismático: lucidez, discernimiento, cuidado:

“San Francisco, sin embargo, supone una alternativa real por su radical ‘modo-de-ser-cuidado’ con respeto, veneración, fraternidad y ternura hacia todas las cosas...

Lo que se opone al desinterés y a la indiferencia es el cuidado. Cuidar es más que un acto, es una actitud. Por lo tanto, abarca más que un momento de atención, de celo y de desvelo. Representa una actitud de ocupación, de preocupación, de responsabilización y de compromiso afectivo con el otro... Sin embargo, ¿a qué ha quedado reducido el cuidado en la sociedad contemporánea?... La aparición del fenómeno del descuido, la indiferencia y el abandono conducen a la pérdida de la conexión con el Todo... El cuidado es, verdaderamente, el soporte real de la creatividad, de la libertad y de la inteligencia. En el cuidado se encuentra el ethos fundamental de lo humano. Es decir, en el cuidado identificamos los principios, los valores y las actitudes que convierten la vida en un vivir bien y las acciones en un recto actuar”.

(L. BOFF, El cuidado esencial).

Espiritualidad para la fraternidad universal

- El respeto por lo pequeño y por lo pobre.

Pequeñas son las semillas, el plantel de cada verdura; pequeños somos todos, cada uno; pequeños son Souleyman, Armel, Karim, Yousouff... No saldrían adelante, las semillas, las verduras, sin atención y cuidados, sin valentía; no saldrían adelante los que las trabajan sin valentía y sin cuidado, sin respeto. Son jóvenes africanos que han llegado aquí huyendo de la pobreza y de la guerra, buscando una vida más digna donde sea, cruzando el mar o saltando la valla. A base de valentía. Lo que nos surge ante la tierra, ante ellos, ante lo pequeño y lo pobre, lo ante lo sufriente, es el sentimiento de pisar tierra sagrada, es el respeto. El respeto por lo pequeño y por lo pobre, por lo valiente; por la tierra y por los pobres.

- Pequeñas y grandes cosechas de cuidado mutuo y fraternidad.

La cosecha que la tierra esconde y promete siempre es generosa y ya está ahí y esperamos que sobreabundará: la semilla que cae en tierra buena da fruto abundante, y el que pone en circulación lo poco que tiene provoca un efecto multiplicador. El horizonte de la fraternidad, de la amistad social, es el horizonte del evangelio, al que queremos colaborar, construir, sembrar:

- Lo más importante: Souleyman, Kebe, Oury, Yousouf, Karim, Armel, tienen (han tenido) un contrato laboral indefinido y digno; y “descansan” un poco tras tanto sobresalto en sus aventuras migratorias.
- Entorno a 80 familias nos compran sabiendo lo que compran aquí. Muchos de ellos han pisado ya “su Huerto”.
- Los domingos, entre misa y misa, a la gente que viene por aquí, (a celebrar, pasear, ver el Cristo de El Pardo), les abrimos otra puerta, les ofrecemos también nuestras verduras y tratamos de “ganarlos para nuestra causa”. Y está bien que aquí, en “el Cristo”, haya un Huerto; que el Huerto haga parte de “el Cristo”. Es el CRISTO CÓSMICO (T. de Chardin): la Tierra es el Cristo, el Cristo es la Tierra y sus pobres.
- Algunas personas han nacido como voluntarias en el Huerto. Nos apoyan de variadas

maneras: en la difusión del proyecto, en la confección y distribución de las cestas, en algunas tareas agrícolas.

- Nos visitan colegios, grupos de catequesis y movimientos, alumnos de universidades...

La fraternidad, el don de descubrirse como hermanos, de hacerse hermano, es en Francisco de Asís el nombre de la buena noticia. Es una espiral que lo va envolviendo todo: desde el propio corazón/interior siempre a reorientar, a aquellos de los que uno huiría (los leprosos y todo lo que representan), a los diferentes, a la tierra y toda la creación... Y que alcanza a ser universal. Algo de eso también nos pasa. Desde el Huerto se estimula y crece la espiral de la fraternidad: nos conecta con nosotros y con los otros, los migrantes, el voluntariado, la tierra. Vemos y aprendemos que el Huerto es lugar de encuentro, que el estar cerca de la tierra pregunta por nuestras raíces más hondas: las de nuestro ser/hacerse hermano por toda la tierra, las de ser una fraternidad universal.

- Nuestro Huerto como espacio simbólico y profético.

Y es que hoy en día es un poco raro tener un Huerto. Y porque es raro, creemos que es significativo y que ofrece muchas posibilidades de cosechas nuevas: en la colaboración, en la reflexión y el pensamiento, en la espiritualidad y la educación, en el disfrute del campo y el tocar la tierra, en la solidaridad... Una de las potencialidades de este proyecto, creemos, es su potencial simbólico, (un signo, una señal), que mucho lo da su enclave: a las afueras de la gran ciudad, un espacio natural, donde la gente viene a pasear y andar en bici, a rezar al Cristo; de alguna forma, a salir de un mundo y, quizás, querer entrar en otro, desear otra cosa, "otro mundo posible"... Un Huerto ecológico, cultivado por jóvenes inmigrantes, a las afueras de Madrid, sostenido entre muchos. Potenciar el Huerto, que es la tierra, "nuestra hermana madre tierra", la casa común, como espacio simbólico: un hilo del que tirar en muchas direcciones. Crear, ser, un espacio alternativo-profético-diferente, donde contar una historia, donde narrar la vida de una forma concreta... ("Ayudar a crear un nuevo paradigma: de un modo más solidario, fraterno, sostenible...").

Y en este sentido, cómo decíamos, un Huerto que abra un surco nuevo, en otra dirección. Que rompa tendencia y ayude a introducir una brecha en la normalidad de nuestro consumo; que rotore ahí otra cosa. Porque en nuestro mundo del bienestar y el entretenimiento que todo lo envuelve, al final nos cuesta mucho pasar a los hechos, dar coherencia y hacernos creíbles en nuestros sueños, encarnar y arraigar lo que nombramos. Y el valor de este Huerto es que colabora a "otra cosa" de la que estamos tan necesarios, que la arraiga y la acerca.

- Celebrar la gratuidad y la belleza (Francisco de Asís).

Resulta que el nombre de nuestro "HUERTO HERMANA TIERRA" se le ocurrió a Francisco de Asís hace casi 800 años (¡¡!!). Al final de su vida, cerca de su muerte (1226), escribió un poemario precioso: sus *Alabanzas de todas las criaturas*. Y lo escribió desde la soledad de su choza, dolorido en su cuerpo y en su alma, ciego y sin poder soportar la luz del sol. Así brota de él un canto de agradecimiento y de gozo, de comunión y reconciliación con todo: con el sol, la luna y las estrellas; el viento y el aire; el agua y el fuego; la enfermedad y hasta la misma muerte. A todo nombra como hermano y hermana, y a la tierra como "*nuestra hermana la madre tierra, que nos sustenta y gobierna, y produce distintos frutos con flores de colores y hierbas*".

Este "contexto" en el que nace el Cántico, nos hace caer en la cuenta que nuestra ecología inspirada en él, está llamada a brotar desde muy adentro. En el fondo es una búsqueda y una pelea por el sentido en medio de una historia/tierra/pobres que claman. Buscamos una armonía en medio de situaciones contradictorias, comprendernos desde un "nosotros" más que desde la tiranía del yo, integrar y poner en relación todo lo que hace parte y muchas veces se desintegra en "nuestra casa común". Nos gustaría que nuestro Huerto fuese un camino de reconciliación/acercamiento con la tierra y con los empobrecidos; que fuese un cántico/poema de fraternidad universal.

Desde ahí, él, Francisco, “místico y peregrino” (LS 10), nos ayuda a vivir nuestro Huerto Hermana Tierra como una ALABANZA: un cántico, una suerte, una admiración, una gratuidad. Lo que se nos da, más allá del beneficio, por el mero hecho de ser, estar, existir. La tierra como fuente de mística, como salto al misterio, como lugar para decir que “sólo Dios basta” (Teresa), que “Tú eres el Bien, todo Bien...” (Francisco). Una actitud de contemplar, admirar, agradecer, valorar, alabar. No solo ni tanto lo grandioso y espectacular, sino lo pequeño, cotidiano, contradictorio... Algo que no brota de las “energías dispersas”, sino de Aquél que ha sido elevado sobre la tierra para que mirándole seamos curados y tengamos vida: Jesús, el Siervo y el Señor, el Crucificado y Resucitado. Pienso que nuestra ecología tiene que ser cristológica/cristocéntrica...

Insistimos: el hermano y pequeñuelo Francisco, enamorado de Jesús, nos ayuda a vivir aquí nuestra sensibilidad ecológica y social, como una alabanza, un cántico, un poema:

“Francisco pedía que en el convento siempre se dejara una parte del huerto sin cultivar para que crecieran las hierbas silvestres, de manera que quienes las admiraran pudieran elevar su pensamiento a Dios, autor de tanta belleza”.